

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

De las riquezas.

Decíamos en el último escrito sobre los inconvenientes de las riquezas, que de tres maneras atormentan á sus amadores, á saber; *con trabajo mental, corporal, y concienial.*

Expusimos las fatigas intelectuales que sufre el codicioso, ocupado siempre en acrecentar su caudal sin ver jamás extinguida su sed de riquezas. Y añadíamos que sobre esta afliccion de ánimo, inherente á la insaciable avaricia, debíamos colocar la impotencia radical de las riquezas para hacer felices á sus poseedores. Ni los antiguos alquimistas, ni los economistas modernos pudieron, ni podrán descubrir la piedra filosofal, y aunque la moderna economía nos sorprendiere mañana con tan pasmoso descu-

brimiento, no por eso quedaria resuelto prácticamente el problema de la felicidad social. La pobreza no seria desterrada. Siempre habria pobres y ricos. Pues qué ¿no abunda la riqueza en nuestro siglo? ¿No tenemos á la vista un incremento prodigioso de los bienes materiales? ¿No vemos como la ciencia, el arte y la fuerza se adunan para el fomento y desarrollo de los intereses materiales? ¿No dispone el siglo presente de todos los tesoros que ofrece á su actividad infatigable el desgarrado seno de la domada Naturaleza? Las ciencias físicas han alcanzado increíbles progresos. Abunda el oro, sobreabundan los bienes materiales, y no obstante la miseria nos muestra su descarnado semblante, se multiplican las necesidades, cunde como el cáncer la llaga del pauperis-

mo, y se levanta formidable la cuestion de subsistencias. La actividad humana puede realizar un milagro aunque no sin la accion de la divina Providencia; puede el hombre con su génio, con la industria, con la fuerza llevar á cabo una multiplicacion prodigiosa de los bienes materiales. Pero esto no resuelve el problema; quizá lo hace mas insoluble y de seguro mas formidable si el progreso de los bienes materiales no lleva el contrapeso de los intereses morales. El prodigio de la multiplicacion dejará en pié la temerosa cuestion social sino va seguido del prodigio *de la distribucion*, y, conviene decirlo muy alto, este prodigio no puede realizarlo, no lo realizará jamás la Economía política, que es atea, sino la Moral cristiana que es hija de Dios, y Dios es caridad.

No condenamos el progreso material; lo aplaudimos con toda sinceridad y no escaseamos nuestro concurso y cooperacion á todo proyecto que tienda á mejorar la suerte de los pobres, y á fomentar los intereses materiales; pero trabajamos, hablamos y escribimos para convencer á nuestros lectores del errado camino que sigue nuestra época, y de la funesta tendencia que se advierte en individuos y sociedades, en

cuya virtud la soberbia ha colocado como reina á la razon allí donde debia reinar como soberana la fé; y la sensualidad ha repudiado los intereses morales y eternos, levantando á la categoría de fin último, y fuente soberana de verdadera felicidad los bienes sensibles y terrenos, el interés material, único dios de las generaciones contemporáneas. Lo que deploramos vivamente es el incalificable vértigo que marea las cabezas y el profundo trastorno que reina en las cosas. El orden consiste en que cada cosa ocupe su propio lugar, y en nuestro caso, en que los bienes materiales esten subordinados á los morales, los transitorios á los permanentes, los temporales á los eternos, en que no hagamos de lo que es medio un fin y de lo que es fin un medio, y en que no usemos de malos medios para fines honestos, ó de medios brutos para fines reprobados. Buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará *como añadidura*. Hé aquí el orden. ¿A qué tantos afanes y fatigas para lograr unos bienes caducos y miserables con olvido de los bienes eternos, y con riesgo gravísimo de perder para siempre los unos y los otros? Jesucristo condena ese desorden, y cumpliendo su moral santísima

nos veríamos libres de los males así del cuerpo como del alma que son inevitable consecuencia de la avaricia. Hasta los paganos reprobaban los improbables trabajos que devora el codicioso, por acumular unos bienes incapaces de compensar sus fatigas. Lástima causa el espectáculo que ofrecen muchos hombres, que abandonan su pacífica y modesta posición, y arrostran los peligros de mar y tierra, á trueque de un puñado de oro. *Impiger extremos currit mercator ad indos. Per mare pauperiem fugiens, per saxa, per ignes* (1). Ni el hierro ni la muerte sabe temer el amor del oro. ¡Cuántas víctimas sacrificadas en obsequio á ese ídolo tan seductor como cruel! *Ferrum mortemque timere auri nescit amor* (2). El espíritu se enerva y toda energía moral llega á desmayar y languidecer, por la acción consultiva de tantos cuidados y afanes. *Mens semper variis hebetatur dedita curis* (3). Y puesto caso que la fortuna prodigue sus favores, y que el codicioso vea coronados sus esfuerzos con el éxito más lisonjero, no por eso se habrá librado de los cuidados y desvelos que á manera de punzados

ras espinas se clavaron en su corazón, hasta hacer sangre. *Ubi copia divitiarum major exuberat, ibi se gravior molesta sollicitudinis totius turbativa quietis intrudit* (1). Todos sus días están llenos de trabajos y miserias *Cunctidies ejus pleni sunt laboribus et erumnis* (2). Y llega á envidiar la suerte del pobre porque los cuidados no le dejan dormir. *Saturitas divitis non sinit eum dormire* (3). Toda su vida es un continuo suplicio. *Tota vita tua supplicium est* (4). Salomón asegura que habiendo considerado las obras de sus manos, sus inmensos tesoros, todas sus glorias y magnificencias, los trabajos y sudores que le habían costado, vieron sus ojos que todo era vanidad y aflicción del ánimo, y que nada permanece debajo del sol (5).

Por haber despreciado la sociedad moderna estas verdades que determinan y esclarecen el verdadero concepto de la riqueza, el justo valor, y el destino providencial de los bienes materiales, han venido sobre ella los males presentes que son muy graves, y

(1) Casiod. in lib. de charitate sui et dilectione Dei, cap. IV.

(2) Eccle., II.

(3) Ibid. XI.

(4) Seneca ad Paulinum de consolatione.

(5) Eccle., II.

(1) Horate. in epistolis.

(2) Lucano. Lib. 3.

(3) Montanar., in Luna celeri, cap. I.

vendrán todavía las temerosas catástrofes que se dibujan en el negro lienzo de no lejano porvenir. La sociedad como el individuo no viven de solo pan sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. No cometamos la imprudencia de buscar dichas realidades por caminos de iniquidad. Que aun logrado nuestro deseo, seria mas bien para nuestra desventura que para contentamiento de las aspiraciones de nuestra alma que son á lo eterno, á lo infinito, á la presencia de Dios, objeto esencial de nuestra felicidad.

Z. M.

D. Sinforiano.

Si lo digo yo.....

Está loco, tiene una *monomanía* religiosa, que si Dios no lo remedia, antes de un año lo hemos de ver en la celda de un manicomio, decia una tarde D. Sinforiano, señalando con el dedo á nuestro amigo Juan.

¡Cáspita!..... ¿qué me dice V?

Lo que V. oye.

Nuestro amigo Juan está *chiflado*, y, si así continúa morirá en una casa de *orates*.

Pero..... ¿D. Sinforiano?..... si á mi me parece un hombre tan formal y jamás he notado en él nada de extravagante, sino por el contrario, muy razonable y muy cuerdo en todos sus actos.

Hombre.... no sea V. niño, D. Tomás, no sea V. niño.

¿Le parece á V. si un hombre que está en su sano juicio hace lo que él? No señor, no, de ningun modo, dijo D. Sinforiano ahuecando la voz, porque ha de saber V. D. Tomás, que nuestro amigo Juan, todas las mañanas, lo mismo en verano que en invierno, lo mismo si llueve como si nieva, tiene la *mania* de ir todo el año á Misa, y tambien creo que alguna vez hace de sacristan. Se confiesa y ayuna todos los sábados, en cuyos dias la puerta de su casa parece la *Piscina Probática* ó la puerta de un convento de San Francisco en la hora que los pobres van a tomar la sopa.

No hace muchos dias, prosiguió don Sinforiano, venia yo de tomar un abono de palco en el teatro, y hé aquí á nuestro pobre Juan con unos papeluchos en la mano.

Señor D. Juan, le dije, parece que lleva V. muchos papeles...

Si D. Sinforiano, contestó. Vengo de tomar las Bulas para mi, mi señora é hija, y para todos mis sirvientes. ¡Ah D. Sinforiano! exclamó. ¡La Santa Bula! rico tesoro de indulgencias y privilegios, prueba patente del cariño que la Santa Sede profesa á nuestra España, á la España de D. Fernando é Isabel la Católica, diploma concedido á la fé y al valor de nuestros abuelos. ¡La Santa Bula, don Sinforiano, la Santa Bula!

¡Pobre Juan, pobre Juan, me decia yo, está loco.

Aqui fué donde ya no pude resistir por mas tiempo la charlataneria de don Sinforiano, y le dije: creó D. Sinforiano

que quien está loco es V. y créame, le compadezco.

¿Cómo se entiende? contestó furioso como un energúmeno.

Tenga V. paciencia, no se incomode y escúcheme.

¿Yo?... que le escuche su madre, pues, según veo también V. es de los que se descubren al pasar por la puerta de una Iglesia.

Calma, D. Sinforiano, calma.

No hace muchos días se lamentaba usted y me decía que no se podía vivir en la sociedad actual, que los hijos no respetaban á los padres, que los sirvientes eran unos bribones, y los pobres siempre estaban conspirando contra los ricos *et sic de cæteris*.

Pues bien, de aquí en adelante, en lugar de marcharse con su esposa é hijos al teatro, acerca del cual dice no San Agustín ni San Jerónimo, sino persona muy competente en esa materia, Alejandro Dumas; *inmoral lo es, no solamente la pieza dramática, sino el mismo local y nunca debiera llevarse una hija al teatro*, rodeado de toda su familia y sirvientes recen en su casa el santo Rosario y enseñeles con el ejemplo á cumplir con los deberes, que tenemos como cristianos y de este modo conservará puros y obedientes los corazones de sus hijos y la fidelidad brillará en sus sirvientes, sea también comunicativo con los pobres, se compadezca de sus miserias y de esta suerte verá como las conspiraciones de los pobres se convertirán en bendiciones para los ricos y podrán dormir tranquilos sin temor á la piqueta y á la tea incendiaria del Socialismo.

¡Sí, Don Sinforiano, si es necesario que V. y otros muchos como V. hagan las locuras de nuestro amigo Juan y con ellas nos probarán que están en su sano juicio.

G. R.

Un anécdota de Pio IX.

En 1860 dos personajes franceses habían conseguido una audiencia de Su Santidad. En la fonda donde estaban había también un joven compatriota, del cual sabían era libre-pensador. Esto no obstante, le propusieron fuera con ellos á la audiencia concedida; pero se hizo mucho de rogar, pues le repugnaban las genuflexiones. Al fin, tanto le importunaron los dos caballeros, que condescendió á sus instancias.

Debe V. ir, le decían, aunque no sea mas que por curiosidad, ¡Qué diantre! no todos los días hay ocasión de ver al Papa.

Terminada la recepción, Pio IX, según su costumbre, preguntó á los presentes si tenían que pedirle algo. Unos le presentaron rosarios y medallas para que los bendijese; otros pidieron otras cosas como vivo recuerdo de la audiencia. El libre-pensador permanecía mudo, inmóvil, insensible. Extrañando el Papa su silencio en aquellas circunstancias, dió algunos pasos hácia él, y le dijo:

—¿Y vos, hijo mío, nada teneis que pedirme?

—Nada, Santísimo Padre.

—¿Nada teneis que pedirme, absolutamente nada?

—Nada, nada.

—¿Teneis todavía padre?

—Sí, Santísimo Padre.

—¿Y madre?

—Murió.

—Pues bien, hijo mio; si nada teneis que pedirme, yo si tengo que pedir os una cosa.

El pequeño volteriano estaba absorto.

—Yo, hijo mio, tengo que pedir os el favor que receis conmigo un *Padre nuestro* y un *Ave Maria* por el alma de vuestra madre. ¿No condescenderéis en arrodillaros conmigo?

El Papa efectivamente se puso de rodillas, y el jóven hizo lo mismo. Cuando se levantó tenia su rostro bañado en lágrimas y salió de la audiencia sollozando.

J. M. R.

Prodigiosa conversion de un maestro en Italia.

Reservando todo el juicio definitivo á la autoridad competente sobre el hecho, que es la autoridad eclesiástica, escribe *El Corriere di Torino* y reproduce *La Voce della Verità* de Roma el siguiente suceso:

«Los diarios dan la relacion de un maestro elemental de Poggio San Lorenzo (Salina), los cuales despues de haber declarado que era sectario miseredente, dicen que dias atrás fué acometido de una apoplejia de la cual perdió un ojo y un brazo, y que dos médicos le declararon desahuciado á un segundo ataque sufrido.

»Hallábase para entrar en la agonía

cuando algunas piadosas señoras penetraron en una iglesia á orar por el enfermo ante una imágen milagrosa de Nuestra Señora.

»Una de dichas señoras pasó su pañuelo sobre la cara de la efigie y se lo llevó al que agonizaba, puso el pañuelo sobre la frente del enfermo por un momento. Tocarle al agonizante, volver éste en si y levantarse sano de la cama fué todo uno.

»El pueblo al oír la nueva acudió á la casa del sanado, y el afortunado maestro juntamente con la muchedumbre se dirigió inmediatamente á dar gracias á la Virgen.

»En la pública atestacion del hecho, el maestro sectario ha declarado que no solo estaba curado en el cuerpo sino tambien en el alma.»

Gloria sea dada á María, Salud de los enfermos y Refugio de pecadores.

La señora Rizan.

Nos hallamos en el mes de Diciembre; el dia 8 celebró el Orbe Católico la fiesta fie la Concepcion Inmaculada: justo es que tambien la celebremos nosotros de algun modo, recordando alguno de los grandes prodigios con que la mano del Omnipotente ha confirmado el dogma sublime de la pureza original de la Santísima Virgen Maria.

—¡Un milagro!—dirán algunos.

—No uno, sino ciento debiéramos citar para confundir al naturalismo incrédulo de nuestros dias, que por lo mismo que

se manifiesta tan acérrimo enemigo de esta clase de recuerdos, bien revela el daño que le hacen.

El naturalismo masónico se irrita ante el milagro: eso prueba que el milagro le hiere. Y como lo que repetidas veces hiere acaba por matar, hé aquí que, nosotros, insistiremos un día y otro día narrando las misericordias de Dios, hasta que muerdan el polvo los enemigos de la fé.

Oigan nuestros lectores uno de los mas hermosos prodigios de la Virgen Maria, acaecido despues de sus apariciones en Lourdes, y piensen de paso cuán maravillosamente han venido á confirmar esas apariciones la declaracion dogmática de su Concepcion Inmaculada.

El hecho ocurrió en Nay y es tan reciente que aun viven muchas de las personas que lo presenciaron.

Hélo aquí:

En la ciudad de Nay, poblacion de Francia, existía una señora viuda ya bastante entrada en años, llamada Magdalena Rizan. Existía, hemos dicho, y no vivía, puesto que no puede llamarse vivir el estar constantemente á las puertas de la muerte. En ellas puede decirse que permanecia hacia veinticinco años, pues de resultas de un terrible ataque del cólera que sufrió en el de 1832, quedó casi completamente paralítica del lado izquierdo, apenas podia sostenerse en pié, y solo apoyándose en los muebles ó en las paredes de la casa, lograba dar algunos pasos por el interior de la misma.

Rarisimas veces podía, ayudada de otras personas y casi llevada en brazos, asistir á la iglesia de Nay, siendole im-

posible de todo punto, sin el auxilio ajeno, ponerse de rodillas y luego levantarse. Una de sus manos estaba además completamente atrofiada. Su temperamento, en general, no se resentía menos que sus miembros de las consecuencias del mal. Para colmo de males padecia frecuentes vómitos de sangre, y su estómago no podia resistir alimentos sólidos, de manera que su vida se sostenia por medio de jelatinas, caldos y café, pero tan penosamente, que moribunda siempre y siempre próxima á extinguirse, parecia como que la vacilante llama que á duras penas la animaba, careciese de fuerzas para comunicar á aquel cuerpo el indispensable calor vital.

Hacia diez y seis ó diez y ocho meses que sus males se habian agravado: la parálisis habia invadido el lado izquierdo y comenzaba á invadir la pierna derecha. Los miembros atrofiados estaban completamente hinchados y entumecidos; como se ve generalmente en los que padecen hidropesía.

La desgraciada señora tuvo que abandonar el sillón por la cama, en la cual ni siquiera podia revolverse, tal era su postración, de manera que de cuando en cuando, y para evitar terribles consecuencias, tenian que trasladarla de un lado á otro. Era en resolucion, lo que se llama una masa inerte. Habia perdido la sensibilidad del mismo modo que el movimiento, y ocasiones hubo en que habiéndola trasladado de sitio exclamó:

—¿Dónde tengo las piernas?

Si así podemos decirlo, sus miembros estaban recogidos y como replegados, de tal manera que constantemente per-

manecia echada de lado formando una verdadera Z.

Habíante sucesivamente prestado sus servicios dos médicos distinguidos. El primero de ellos, el señor doctor Talamon, hacia mucho tiempo que la habia declarado incurable; el segundo, el doctor Subervielle le recetó algunos medicamentos, cuya inutilidad reconoció tambien inmediatamente, desechando por lo mismo toda esperanza.

Mas aun cuando habian perdido toda sensibilidad los miembros dominados por la parálisis, en cambio aumentando aquella en los demás, influia para que experimentara los mas horribles padecimientos á consecuencia de los agudos dolores que experimentaba ya en el estómago, ya en el vientre, ya en la cabeza. Además su constante posicion en la cama le produjo dos extensas llagas en el pecho y otra en la ingle, teniendo además en el costado profundas desolladuras producidas por el roce con las ropas, que estaban en carne viva. La muerte se acercaba.

La señora Rizan tenia dos hijos: una jóven, llamada Lubina, que vivia con ella y la cuidaba cariñosamente y con la mayor abnegacion, y un varon, llamado Roman, que estaba empleado en una casa de comercio de Burdeos.

Cuando no quedaba ya esperanza alguna, y el señor Subervielle comprendió que la muerte se acercaba á pasos agigantados, avisóse al hijo, que abrazó cariñosamente a su madre, de la cual recibió la bendicion y la suprema despedida, ya que las obligaciones de su cargo exigíanle el deber imperioso de regre-

sar inmediatamente. Arrancado, pues, de la cabecera de aquel lecho de muerte por la cruel tirania de los negocios, despidióse de su madre con la horrible certidumbre de que no debía volverla á ver.

La moribunda habia recibido la Extremacion. Su agonía se prolongaba en medio de padecimientos irresistibles.— ¡Dios miol! exclamaba de cuando en cuando, ¡poned término á mis dolores! ¡Concededme, Señor, la gracia de que sane ó muera pronto!

Hizo pedir á las Hermanas de la Cruz de Igon, la superiora de las cuales era cuñada suya, que hicieran una novena á la Santísima Virgen para alcanzar mediante su intercesion la salud ó la muerte. Finalmente, demostró que deseaba beber el agua de la Gruta, y una vecina suya, *madame* Nessans que debia ir á Lourdes al dia siguiente, ofreció traer-selo.

Continuará.

A. C. Y C.

Coleccion.

DE
Sermones, homilias y panegíricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Tambien se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

BURGOS: Imp. CATÓLICA, Huerto del Rey 12.